

10 al 17 Agosto 1980



XX Festival Nacional del
Cante de las Minas

LA UNION



XX FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

DEL 10 AL 17 DE AGOSTO 1980

LA UNION

LETRAS MINERAS

Se le caza enseguida al cante minero una impronta ciertamente "naif", de domingo de pueblo. Andan aquí lejanos, en verdad, los tocinos de cielo de la metáfora, los panes de oro de la erudición, que no en vano ha de entenderse que muchos de los autores de las antiguas letras mineras analfabetos resultaron y que ninguno de ellos compuso su copla con destino a una vitrina, ni siquiera a las tablas de un escenario. Mucho menos, por supuesto, a las letras de molde o a las estrías de un disco. Eso salimos ganando. Machado y Alvarez sentenció atinadamente: "Una copla escrita es una copla estropeada". Luego, su hijo Manuel escribiría:

*Cuando la gente ignore
que ha estado en el papel
y el que la cante lllore
como si fuera de él,
copla de mis amores,
cantar de mis dolores,
entonces tú serás
la copla verdadera. . .*

"Pero ¿son del pueblo, talmente del pueblo, todos estos cantares?", se pregunta Rodríguez Marín. La suspicacia desaparece, claro es, en el momento en que se llega a la conclusión de que "el poeta erudito, cuando escribe coplas, se hace en realidad, hombre de pueblo.

Decíamos. No importa que la pompa verbal ande en muchas ocasiones ausente de la copla de las minas. Basta que el pueblo sepa meter en ella su propia alma. Basta que dentro de sus versos caven con desesperación picos y palas, crepiten gozos, ululen pesares, quepa con holgura la pólvora de un barreno. . .

*Caminito de La Unión
un carretero cantaba
al son de las campanillas
que su reata llevaba.*

En esta espontánea sencillez de sus letras, en esa casi feroz parquedad con que el minero, llamando pan al pan y vino al vino, dio a conocer sus gozos y dolores, estriba a menudo la frescura y lozanía del cante de las minas. Vengan en buena hora, claro, las letras nuevas, a las que uno pediría, eso sí, una poda generosa de lastres en exceso intelectualizados, pero manténgase también vivo el culto por las letras de ayer — ¡a centenares las hay! —, aquéllas que constituyen de algún modo el eco entrañable de los viejos mineros, padres del cante, panes y vinos, efectivamente, de la mejor mesa popular.